

los embustes se ven tan netos como la derecha de la palmera...

¿Qué hará a esta hora la ceiba con sus tres discursos sobre la espalda ligera, entreverados seguramente con estrofas, a lo mejor hasta con un período tremolante de nuestro Martí? Sobrelleva su mala suerte de criatura del 1900, en que la malicia—en el sentido teológico de engaño—reúne a una ceiba de Cuba con el señor Machado en la misma compli-

Al terminar, yo vengo a preguntarme por qué escribo este articulejo casi político... yo, que no tengo manía política?...

Y me contesto rápidamente: —Porque el artículo de marras sobre la ceiba de La Habana, me ha irritado una de mis bravas pasiones: la pasión forestal,

Gabriela Mistral

Bastia, febrero de 1928.

En el centenario de Ibsen He ahí el problema

—De *El Sol*. Madrid—

ESA costumbre de conmemorar el centenario del nacimiento de los grandes hombres invita a cada generación, cuando llega a la madurez, a volver de nuevo la vista hacia los genios tutelares que la inspiraron e iluminaron en la mocedad. Es una serena revisión del valor positivo de los maestros que en nuestra adolescencia venerábamos. Releemos de nuevo—¿con entusiasmo? ¿con desencanto?—aquellos mismos libros que entonces nos enseñaron a pensar y a vivir.

Celébrase hoy, (1) día 20, el centenario de Ibsen. También este mismo año 1928 se celebra el centenario de Tolstoi. Cuando los hombres de la generación que hoy culmina; cuando los hombres que ya se acercan a sus cincuenta años tenían apenas veinte, dos robustos ancianos, discutidos todavía—combatidos y adorados—, se alzaban como dos luminares, fascinando

a las juventudes, sobre todo el continente europeo. Sus blancas testas descollaban como las dos niveas cumbres más altas en la orografía del espíritu. Ambas cimas aparecían, cual envueltas entre nubes, con una cierta reducción de misterio, allá lejos, en los remotos confines de nuestra Europa; la una, hacia el Oriente: Tolstoi; la otra, en las regiones hiperbóreas: Ibsen.

Tolstoi e Ibsen fueron los dos viejos profetas que presidieron el nacimiento del siglo xx. Por entonces, en las primeras auroras de nuestra centuria, los jóvenes leían la obra recién publicada de Ibsen, *Cuando nos despertemos de entre los muertos*, y se indignaban ante la excomunión que contra Tolstoi acababa de fulminar el Santo Sínodo de Rusia.

Todavía esos dos septuagenarios venerables, condenados por heréticos, por anárquicos, tenían para la rebelde muchachez la seducción de los frutos prohibidos. ¡Quién les iba a de-

(1) 20 de marzo de 1928.

El casamiento de Laucha

Novela picaresca

Por

Roberto J. Payró

—Según la tercera edición. Serie A. Vol. XLIV de *Babel* (Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias). Director: Samuel Glusberg. Buenos Aires, 1927.—

y 2.—Véase la entrega anterior.

VII

ESA noche quedó arreglado y convenido todo lo de la fabricación, y en buen camino las otras cosas, que por lo visto no le habían disgustado mucho a la gringa. ¡Ah! ¡me olvidaba! también me dijo:

—Usted no tiene capital, y aquí en el boliche hay un capitalito de unos pocos miles de pesos. Pero haremos cuenta que la mitad es de usted, para no andar con embrollos.

Yo me largué contentísimo al galpón, donde tenía mi cama, pero aunque era blandita, casi me pasé toda la noche revolviéndome, sin poder pegar los ojos.

Pues en cuanto principió a clarear, ya estaba con los huesos de punta y con todo apretado para el viaje...

Tomé unos cimarrones con ño Cipriano, que dormía en la otra punta del galpón sobre unas pilchas viejas, y con quien nos habíamos hecho amigazos. Cuando le conté lo de la sociedad y el viaje, bailando de gusto, me dijo muy serio:

—Tenga mucho cuidau, paisano, con lo qui hac'en la ciudad;

tan fuerte en mí como la de las bestezuelas. Me deja sin cuidado que la gente de Brooklyn o de la Nicaragua oficial, digan sobre la visita de visitas de Mr. Coolidge, cosas embusteras. Al cabo. «La santidad de la palabra» nadie la defiende después que se nos murió Maragall. Pero las ceibas estaban todavía inéditas para «los hombres de engaño», que dice el Evangelio. ¿Por qué manosearlas y rebajarles el prestigio vegetal?

Me consuelo pensando en que no se les ocurrió elegir y plantar árbol de alianza en Chile durante la Conferencia pasada. Habrían caído sobre la araucaria, bastante limpia todavía de contaminación. Y me habría dado más pena. Al cabo, conozco menos a la ceiba que, sin embargo, me ha apesadumbrado tanto...

las de lata, esencias de todo, y unas damajuanas de aguardiente muy fuerte, que es lo principal para los licores. No me olvidé tampoco de los polvitos de anilina para dar color, ni de una punta de yerba y palos de droguería que necesitaba. Compré también por si acaso un *Manual del Licorista* y sin perder tiempo, acordándome del buen consejo de ño Cipriano, me volví a Pago Chico, y enderecé en seguida para la esquina *La Polvareda*, como le sabían decir a la casa de negocio.

No se me da la gana de decirles cómo me recibió doña Carolina, pero les aseguro que no fué mal... ¡No! ¡lo que es eso no! hasta ahí no llegaba la broma todavía...

Bueno, pues, al otro día mismo, ya me puse a hacer mis menjunjes, y de ahí salió anís, coñá, ginebra, guindado, hasta vermú; rebajé todo el vino que había (dejando unas damajuanas aparte para nuestro uso) le eché mucho aguardiente, un poco de anilina, y de cada cuarterola alcancé a hacer más de dos, como se lo había prometido a mi gringa. Y todavía me acuerdo que, entusiasmado con el trabajo, hasta inventé licores, o más bien dicho, el color, y así hice caña de duraznos azul, ginebra amarilla como de oro, bitter de naranja, verde y colorado, y un licorcito muy dulce de vainilla, color violeta claro, que los reseros sabían llevarle a la novia de regalo, por lo rico, y sobre todo por lo lindo que era.

La cosa resultó magnífica, y a los marchantes les gustaban más algunas bebidas hechas por

mí, que las legítimas—puede ser que porque eran más fuertes. Y decían al pedir las:

—¡Eh, mozo! una caña... de la que toma el patrón, eh!

Carolina estaba muerta de contento y un día me dijo:

—Usted tiene unas manos de ángel (decía *anquel*) y estamos ganando mucha plata. Y... ¿quiere que le diga? Lo que yo necesitaba era un joven (*coven*) como usted... Y... ahora que lo conozco bien... ya le puedo prometer que... que vamos a ser felices en todo sentido...

Yo no había vuelto a hablarle del asunto serio, pero en todo aquel tiempo, la miraba con ojos de carnero degollado, roncándola y pensando: «¡Ya has de caer! ¡ya has de caer, mi vida!» seguro de que no se me iba a escapar. Y todavía haciéndome el sonso, le salí con esta agachada:

—¿Qué quiere decirme, señora, con *felices en todo sentido*?

La gringa se desentendió, contestándome colorada:

—Conversaremos esta noche, después de cerrar el negocio... Entonces le diré la contestación...

Yo hubiera bailado en una pata, de puro contento.

Y efectivamente... Cuando acabamos de comer, cerré la puerta de la ramada—que se cerraba por afuera,—entré al negocio por la del patio, y me encontré a Carolina que me estaba esperando.

—Ahora puede decirme—principié despacito, para quitarle los últimos recelos.

Pero ya no había necesidad de tantas historias.

—Bueno, conversemos,—dijo muy seria.—Pero antes digamé